



Otros Logos

REVISTA DE ESTUDIOS CRÍTICOS

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad
 Universidad Nacional del Comahue
 ISSN 1853-4457

Escobar Arturo, (2017), *Autonomía y diseño. La realización de lo comunal*, Buenos Aires, Editorial Tinta Limón, 395 páginas.

Sofía Castellucci*

“Es hora de perder los miedos para diseñar los sueños”

(Colectivo *tramas y mingas para el buen vivir*)

El presente libro comienza por caracterizar la coyuntura actual en la que nos encontramos inmersos como una crisis del modelo civilizatorio, diagnóstico esbozado por los activistas indígenas, campesinos y afrodescendientes de América Latina. Es el diseño económico y político de la modernidad occidental, con sus prácticas culturales hostiles a la vida en el planeta, el que hoy exhibe su peor rostro reflejado en la crisis del cambio climático, la pérdida de la biodiversidad, la extinción masiva de especies, la pobreza creciente de gran parte la humanidad, la crisis de los alimentos, etc. Frente a esta apremiante situación en la que nos encontramos como especie humana este libro se pregunta ¿Qué potencialidad puede llegar a albergar el diseño para transformar y transitar hacia formas otras de vivir en el mundo, de manera tal que podamos encaminarnos hacia un reencuentro y reconstitución de nuestra relación con la tierra y con los otros humanos y no-humanos? Sin embargo, según señala Escobar, antes de pensar en esta potencialidad del diseño para desdiseñar la insostenibilidad y la defuturización que deambula por el sistema mundo moderno-colonial, es necesario preguntarse: ¿Puede el diseño, una disciplina profundamente moderna, reorientarse desde la onto-epistemología dualista cartesiana -donde suponemos la separación radical entre la naturaleza inerte y la cultura humana que la explota y domina- hacia una

* Estudiante avanzada de la Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo). Integrante alumna del Proyecto de Investigación “Mal(estares) en la sociedad occidental. Dimensión propositiva de prácticas y discursos intersticiales en escenario pos-occidental. Ref. 04/ H 164, unidad ejecutora CEAPEDI, UNCo.

ontología relacional? ¿Puede el diseño convertirse en una herramienta que fomente la autonomía de las comunidades indígenas, campesinas y afrodescendientes que hoy en día se ponen de pie frente a la ocupación ontológica de sus territorios ancestrales?

La urgencia de este libro es desandar la racionalidad moderna que nos ha llevado a este oscuro y peligro presente y volver a pensar en términos de futurabilidad. Pero, esta vez, sin atarnos a un tiempo histórico lineal regido por el *telos* del progreso, sino en un tiempo cíclico y en espirales, donde las historias de los muchos y diversos mundos realmente existentes puedan ser contadas. Desde un pensamiento ontológico acerca del diseño, concibiéndolo como una forma de ser-pensar- hacer en el mundo, Escobar nos propone repensar la diferencia, salirnos del pensamiento moderno donde es homogeneizada, anulada o subyugada; y permitirnos visibilizarla y abrazarla. La transición, que nos demandan los tiempos críticos en los que estamos anclados, quizá sea desde un mundo hecho de un solo mundo (MUM) hacia un pluriverso, donde haya espacio para la realización de las múltiples ontologías. Hoy en día, señala varias veces el autor, el desafío de los intelectuales es unir la labor de producción académica con la práctica de los grupos activistas que se enfrentan a la lógica del extractivismo, desplegada por la modernidad occidental y patriarcal. Los espacios para reconstruirnos y reinventarnos como seres humanos no son los más amenos. Estamos en el medio de una lucha entre la re-occidentalización, (liderada por EE.UU. y la Unión Europea) la des-occidentalización (liderada por China, Rusia y algunos países árabes) y la decolonialidad, como la re-existencia de los condenados de la tierra. La propuesta del autor es que el diseño debe cooperar con el trastocamiento de los órdenes establecidos, impulsando un verdadero “pachakuti”, una inversión del tiempo histórico, un abandono del proyecto de “diseño de eliminación” ideado por la modernidad occidental para extinguir y silenciar -bajo el rótulo de “subdesarrolladas”- a todas aquellas prácticas de diseño endógeno y vernáculo que obstaculizaban el avance del progreso.

Estas líneas de investigación y estrategias de lucha, ayudan al autor en la formulación de la noción de “diseño autónomo” como una forma particular de diseño ontológico dirigida hacia las comunidades y sus proyectos particulares de vida. Una de las tesis principales de este libro es que la autonomía -como el rasgo esencial de todo ser vivo, la capacidad de darse sus propias leyes- debe estar en el centro del diseño. La práctica del diseño debe cooperar con el proyecto teórico-político de las comunidades autónomas que luchan por conservar sus mundos particulares, a la vez que mantienen conexiones parciales con el mundo moderno neoliberal y globalizado. Colocar la autonomía en relación con el diseño implica crear “un mundo donde quepan muchos mundos”. Dejando atrás la cultura patriarcal, sustentada en la dominación y la explotación de la naturaleza, las mujeres y las formas de vida diferentes; y avanzando

hacia la recuperación de una cultura matrística basada en la interconexión de toda la vida y la coexistencia con los otros -humanos y no humanos- desde la igualdad y el respeto mutuos. Sin embargo, señala el autor, la ensoñación acerca del futuro puede tomar dos direcciones radicalmente opuestas: las visiones matrísticas, futurizantes, conviviales y relacionales que destacan el arraigo de los humanos con la Madre Tierra y la visión de los tecno-patriarcas que imaginan un mundo posthumano donde la dimensión artificial de las máquinas desplaza el carácter natural de la vida humana. Volver a pensar “la pregunta por la tecnología” en una era donde estamos diseñando las herramientas para nuestra autodestrucción es vital para imaginar una alternativa al Antropoceno, al rol como agente geológico devastador que ha cobrado el hombre desde el avance de la industria y el capitalismo. La coyuntura actual marca una fuerte relación entre diseño, ética y política.

Enfocándonos en la estructura del libro diremos que este se divide en tres partes, cada una de las cuales dispone de dos capítulos: la primera de ellas se centra en el estudio de las prácticas alternativas de diseño y los estudios críticos que se han desarrollado durante la última década y en la necesidad de desarraigar estos estudios de la lógica capitalista, con la aún están vinculados. En la segunda parte, encontramos un análisis de la “tradición racionalista” -la ontología dualista propia del cartesianismo- que se encuentra en la base del diseño y un desarrollo del concepto de “diseño ontológico” y de su potencialidad transformadora para el diseño. Finalmente, en la tercera sección se expone la noción de “diseño autónomo” como una forma particular de contribuir a la realización del pluriverso a partir de la re/construcción de lo comunal.

El objetivo del primer capítulo es discutir aquellas tendencias que dentro del diseño pretenden llevarlo desde una lógica económica -centrada en el diseño experto dirigido al consumo- hacia un tipo de diseño participativo, situado y abierto que desafíe los imperativos del mercado globalizado. Este capítulo se basa en la sospecha de que en la intersección de la teoría social crítica y los estudios de diseño está emergiendo un nuevo campo de estudios críticos de diseño. De acuerdo con el autor, el diseño ha sido una tecnología política fundamental para consolidar el proyecto de la modernidad/colonialidad, ya que permitió llevar a cabo una clasificación jerárquica de las poblaciones en términos de raza y cultura. Sin embargo, la coyuntura actual nos demuestra que el proyecto de diseño moderno ha fracasado y, la pregunta clave es “¿Podemos diseñar nuestra salida a la crisis?” ¿Puede el diseño, inextricablemente ligado al tipo de vidas que vivimos y a los mundos donde las vivimos, convertirse en una herramienta para la transformación social? ¿Podemos diseñar soluciones no modernas y alternativas para resolver los problemas modernos? Esto implicaría que el diseño se reoriente desde las cosas hacia las personas, sus experiencias y sus contextos. Se trata

de sortear -y las tecnologías digitales deberán contribuir a ello- la deslocalización masiva de los individuos -propiciada por la aceleración, la eficacia, la movilidad y la automatización neoliberales- y permitir la relocalización en el aquí y el ahora. Para llevar a cabo esta reorientación el diseñador debe abandonar el rol de experto desprendido de la comunidad y, asumir un nuevo papel como facilitador; colocando las herramientas del diseño en las manos de los usuarios quienes pueden ampliar el ámbito de aplicación de las mismas. Esta transición hacia un modo más cuidadoso de habitar el planeta también implica, como señala Tony Fry, una reinención del espacio urbano y, tal vez, el final de la ciudad modernista cúspide del progreso, la arquitectura jugará un rol social y político clave en este aspecto. Frente a la crisis del cambio climático, señala Escobar, las soluciones liberales (como el desarrollo sostenible y la economía verde) ideadas desde los centros hegemónicos no son suficientes. Por ello recurre a la noción de diseño ecológico, como aquella que recupera las potencialidades de auto-diseño de la naturaleza para transitar hacia la sostenibilidad. El autor finaliza el capítulo afirmando la emergencia de un nuevo campo de “estudios críticos de diseño” que, aunque prometedor, aún debe superar su ligazón con el capitalismo, el desarrollo, el género, la raza y la modernidad y pensar más allá de estas categorías occidentales. ¿Podrá el diseño descentrarse de las prácticas y teorías modernas, dualistas y patriarcales, para transitar por las fronteras epistémicas de la teoría social occidental?

El segundo capítulo hace hincapié en el análisis de cómo las personas se articulan con la cultura a través de prácticas específicas de diseño. Es decir, destaca el rol que tiene el diseño en la producción de la realidad y en la reproducción de las relaciones de poder. Este capítulo se centra en los aportes a los estudios culturales del diseño provenientes de diversas disciplinas y teorías. La primera de ellas es la antropología, cuya relación con el diseño tiene la meta de volverlo participativo y centrado en las comunidades y sus luchas sociales. La segunda es la teoría del desarrollo, cuya implementación implicó la invención y construcción de gran parte de Asia, África y América Latina como continentes subdesarrollados que precisan de la intervención constante de las potencias del primer mundo para enfilarse hacia el progreso civilizatorio y económico. En este sentido, el diseño humanitario ha contribuido a perpetuar esta práctica colonial al volcar el conocimiento experto y tecnológico en intervenciones que privilegian soluciones foráneas y comerciales a expensas de la acción política o práctica local. Frente a lo cual, Escobar propone una visión decolonial de co-diseño con los grupos subalternos que permita fortalecer su autonomía colectiva. La tercera disciplina que destaca el autor para los estudios culturales del diseño es la ecología política; caracterizada como un campo que aborda la intersección entre naturaleza, cultura, historia y poder, y que revisa críticamente el rol que ha desempeñado el diseño en la promoción del dualismo

naturaleza/cultura. Sin embargo, tras el “giro ontológico” ocurrido en la última década en varias áreas de las ciencias humanas y naturales y el creciente interés que han cobrado las partes reprimidas, racializadas y feminizadas de los binomios modernos (espíritu, materia, cuerpo, naturaleza, etc.) la ecología política debería ser reemplazada por la ontología política. Esta conceptualización, acuñada por Mario Blaser y desarrollada por Marisol de la Cadena y Escobar, apunta tanto a la crítica del paradigma de un mundo hecho de un solo mundo (MUM) como a la visibilización de las ontologías relacionales. La ontología política forma parte del proyecto de descolonización que promueve el autor, ya que nos permite rearticular la diferencia colonial (la clasificación jerárquica de las diferencias promovida por la modernidad/colonialidad occidental) en una concepción de múltiples formaciones relacionales onto-epistémicas. Nuevamente, el desafío es retejer y dejar florecer la convivencialidad entre los muchos mundos que alberga el planeta Tierra. Hacia el final del capítulo, Escobar menciona cuatro conflictos ontológicos recientes, donde comunidades indígenas y afrodescendientes de Colombia debieron luchar por defender sus territorios y sus formas relacionales de existencia frente al avance de la ontología del individuo, el mercado y la economía, promovida por el capital y el Estado. Recuperando algunas premisas de la “epistemología del Sur” desarrollada por Sousa Santos, nuestro autor señala que las ocupaciones ontológicas llevadas a cabo por el mundo hecho de un solo mundo (MUM) implican una “sociología de las ausencias”. Es decir, un esfuerzo consciente y premeditado por hacer desaparecer al otro, por invisibilizar a aquellos mundos relacionales que se plantean como alternativas a las formas de existencias modernas, occidentales, patriarcales, blancas y seculares. Mientras que, los conflictos ontológicos por la defensa de los lugares y los comunes, suponen una “sociología de la emergencia” de estos mundos no modernos. ¿Podrá el diseño aceptar y propiciar estas formas no occidentales de comprender el mundo? “¿Qué implicaría construir una imaginación no eurocéntrica del diseño?”

El capítulo tres se centra en el estudio de la “tradición racionalista” como un fenómeno cultural que moldea y orienta la manera de pensar y de ser de la gente. Escobar recoge las reflexiones de Maturana y Varela quienes oponen al logocentrismo -la creencia en la verdad lógica como el único medio válido para acceder al conocimiento de un mundo preestablecido por parte de un individuo preexistente- la cognición como acción encarnada (enacción). Este nuevo enfoque destaca la dimensión emocional que supone toda acción o reflexión racional y la comprensión de que estamos inmersos en una red de interacciones donde co-creamos al mundo junto a otros humanos y no-humanos (la inter-existencia o el inter-ser, nada existe en sí y por sí mismo). La tradición racionalista implica, para Escobar, la creencia en cuatro estructuras: el individuo, entendido como el sujeto autónomo de la teoría liberal dotado de derechos y libre albedrío. La realidad

exterior y objetiva, como un conjunto de objetos inertes, independientes y anteriores a los sujetos que los poseen. La ciencia, como el conocimiento experto y abstracto que nos permite explicar, predecir y controlar el comportamiento de la naturaleza. Y, finalmente la economía, como la disciplina descentrada de la vida social y ecológica, que se encarga del estudio de los movimientos de producción y consumo que los individuos desarrollan en el mercado autorregulado. Podemos decir entonces que, la ontología dualista se apoya en tres dualismos básicos: naturaleza/cultura, occidente/no occidente (civilización/barbarie) y mente/cuerpo, y en una clasificación jerárquica de la diferencia al interior de cada binomio. Sin embargo, la colonialidad -que supone la autopercepción de Europa como el centro a partir del cual se mide y organiza al resto del mundo- a la vez que crea la diferencia colonial, también supone la emergencia de un espacio fronterizo y de resistencia donde se afirma la diferencia cultural del otro racializado. La pregunta para la práctica del diseño, y para la teoría social crítica en general, es ¿Cómo pueden influir, desde una política radical, a la justicia cognitiva -a la visibilización de los discursos de los condenados de la tierra que han sido sistemáticamente sometidos por la episteme moderna- y no ya al epistemicidio de estas visiones alternativas? De acuerdo con Escobar, lograr este objetivo implica una transformación de la ontología, es decir, la posibilidad de enactuar otros mundos y prácticas, “es imperativo relacionarse con mundos en los que es imposible hablar de naturaleza y cultura como separados”. Solo mediante la activación política de la relacionalidad podremos enfrentar el diseño global de aislamiento y separación propio de la tradición racionalista y “sanar” las patologías que la modernidad nos ha legado.

El capítulo cuatro explora el concepto de “diseño ontológico” acuñado por Winograd y Flores. De acuerdo con estos autores, el diseño puede ser concebido como ontológico porque cada herramienta, objeto, discurso o institución que diseñamos inaugura una serie de formas de hacer y modos de ser que, a su vez, también nos diseñan. La intención de estos autores es recuperar, a través del diseño, la habilidad ontológica de crear nuevas posibilidades de ser en el mundo. Auguradas por medio de la recuperación de la colectividad y el arraigo en el lugar, dejados de lado por la tan celebrada reflexión aislada y abstracta propia de la modernidad. En este sentido, el concepto de rupturas y la visión del diseñador como un revelador de estas desarmonías, son imprescindibles. Las rupturas representan momentos en los que se interrumpe nuestra forma habitual de ser en el mundo y donde quedan en evidencia los supuestos implícitos de esta tradición, abriendo la posibilidad para el diseño de novedosas soluciones. La intención del diseño ontológico es política, influir en el espacio de interacciones de la gente para cambiar la forma en la que nos entendemos a nosotros mismos y lo que nos rodea. Tomando en cuenta las reflexiones del teórico posthumanista Tony Fry, el desafío es “destruir aquello

que destruye” (la modernidad capitalista que ha desplegado un modelo de insostenibilidad estructurada que negó el futuro a todos aquellos mundos no modernos) y poner en marcha una nueva imaginación capaz de hacer avanzar el sustentamiento, como una era donde se permita la conservación de futuros. Para Fry la noción de “humano” -como sujeto y objeto de conocimiento propiciada por la modernidad- nos ha llevado a una situación donde estamos creando la “desmundificación”. Por ello, para avanzar en el proyecto de “remundificación”, necesitamos rediseñar ese humano y convertirlo en un agente de futuro. El interrogante que se plantean los teóricos del diseño ontológico es ¿Cómo puede el diseño influir en la creación de hábitos y rutinas de la vida cotidiana que incorporen una ontología del cuidado ecológico? ¿Cómo puede el diseño transitar desde la ontología de la desconexión (ego-sistema) hacia el florecimiento de la sustentabilidad?

El capítulo cinco se centra en el análisis de los “discursos para la transición” (DT) que se caracterizan por considerar que lo que demanda la crisis actual es un cambio de paradigma, de modelo civilizatorio que permita la llegada de una era holística, post dualista, post industrial, no capitalista y biocéntrica. De acuerdo con el diagnóstico de los DT vivimos en tiempos de transición hacia una era global, producto de la expansión y la globalización de la modernidad, y debemos preguntarnos ¿Cómo podemos producir una “Gran transformación” desde el capitalismo industrial hacia una era Ecozoica? Una idea central para los DT es la sanación de los dualismos inspirados en la modernidad, y el reconocimiento de que la tierra implica una comunidad de sujetos y no una colección de objetos inertes. Escobar distingue los discursos de transición del Norte y del Sur global, aunque aboga para la interacción entre ambas visiones. En el primero de esos espacios geopolíticos se ubican tres discursos de transición: La “Iniciativa de ciudades en transición”, cuyo objetivo es, favorecer una relocalización de los alimentos, la energía, la vivienda, el transporte y la toma de decisiones para fortalecer la autonomía de las colectividades y la reconstitución de las economías y los pueblos que han sido víctimas de la deslocalización. El nuevo imaginario del decrecimiento, que implica deshacernos de la centralidad del mercado en la organización de nuestras vidas y el desarrollo de nuevas instituciones que fomenten la convivialidad y el vivir con menos. Y, finalmente, los movimientos por la creación y defensa de los comunes que promueven la unión de diferentes pueblos y mundos por un interés común, como la protección de bosques, especies, ríos, semillas etc. Mientras que en el Sur global encontramos: la teoría del postdesarrollo como crítica y alternativa a los supuestos fundamentales del desarrollo -crecimiento indefinido, progreso y racionalidad instrumental-. El Buen Vivir como una visión holística y des-economizada de la vida social. Y, por último, las transiciones al post extractivismo como una reorientación desde un extractivismo

depredador (que no tiene en cuenta los impactos ambientales y sociales) hacia un extractivismo sensible e indispensable. A pesar de las particularidades de cada DT, Escobar señala que todos ellos conciben a las transiciones como emergentes, no diseñadas y plurales. Las nuevas estructuras -como sociedades o civilizaciones- emergen a partir de la multiplicidad de acciones locales que interactúan entre sí de una forma no planeada. Antes de concluir el capítulo, el autor se detiene en dos proyectos de “diseño para la transición social”. El primero de ellos pertenece a la universidad de Carnegie Mellow y se basa en cuatro principios: El nuevo rol del diseño como un agente central en las transiciones sociales hacia futuros más sustentables; la adopción de la teoría de los sistemas vivos para pensar los sistemas naturales y sociales en términos de emergencia, auto-organización y resiliencia; la vinculación entre la práctica y el ética del diseño y la imaginación no dualista y relacional y; por último, la creación de nuevas formas de diseño que incluyan la alfabetización ecológica y una nueva concepción de la materialidad como vibrante. En segundo lugar, hallamos “el diseño para la innovación social” desarrollado por Manzini que dispone de cuatro proposiciones interrelacionadas entre sí: todos diseñamos, la agencia distribuida, el diseño colaborativo y la constitución de una nueva cultura del diseño. A propósito de la agencia distribuida, Manzini diferencia entre el diseño difuso, realizado por los activistas culturales, y el diseño experto. La interacción entre ambos da lugar a la práctica del co-diseño que crea infraestructuras habilitantes -como sistemas producto-servicio que nos permiten alcanzar la vida que queremos- opuestas a las infraestructuras desfuturizantes de la modernidad. Estas soluciones habilitantes, si bien son locales y basadas en el lugar, también están abiertas a coordinarse con otras por medio de redes, dando lugar a un localismo cosmopolita. Finalmente, en el último capítulo del libro encontramos la hipótesis central de la obra: Si el diseño logra desprenderse de las prácticas modernistas y desarrollista y vincularse con compromisos ontológicos y relacionales; entonces, el diseño emergerá como una herramienta para y desde la autonomía. Para acercarnos a la noción de autonomía, Escobar nos presenta el concepto de autopoiesis de Maturana y Varela. De acuerdo con estos autores, la propiedad esencial de lo vivo es la autopoiesis, entendida como aquella organización autónoma que permite la eficacia operacional. La autopoiesis debe ser conservada a lo largo de todas las interacciones que los seres vivos mantienen entre sí y con el entorno. Esto se lleva a cabo mediante el acoplamiento estructural, que permite que los sistemas autopoieticos interactúen entre sí conservando su autonomía (cierre operacional). La propuesta de Escobar es que esta noción de autonomía también describe la forma como las comunidades interactúan entre sí y con otros (el Estado, los agentes del extractivismo, los proyectos de desarrollo neoliberales, las legislaciones internacionales y el mercado global) mediante el acoplamiento estructural que mantiene

la autopoiesis de la comunidad. Esto se evidencia en las comunidades que han podido mantener vivos sus modos relacionales de existencia con los demás seres no-humanos, naturales y espirituales. La historia de los mundos en movimiento a lo largo del eje heteronomía- autonomía se evidencia en las múltiples luchas sociales que las comunidades indígenas, campesinas, afrodescendientes y urbanas subalternas han librado contra la ocupación ontológica de sus territorios. Solo a través de la lucha por la autonomía -como la capacidad que tiene una comunidad de darse sus propias normas y transformarlas tradicionalmente- puede realizarse lo comunal.

De acuerdo con la socióloga Raquel Gutiérrez dentro del ámbito social los “entramados comunitarios”-configuraciones colectivas basadas en el respeto y la cooperación- se oponen a las coaliciones corporativas transnacionales. La autonomía implica vivir más allá de la lógica del Estado y del capital, no requiere de la toma del poder sino de la creación de nuevas bases -comunales y relacionales- para la vida social. En la noción de autonomía convergen todas las demás propuestas e imaginarios que se desarrollaron en el libro como transición, futuralidad, pluriverso, ontología política, relacionalidad y convivialidad. El diseño autónomo acepta el desafío de pensarse como una práctica de co-diseño donde el planificador, el diseñador, el tomador de decisiones y el garante coinciden con las comunidades y los movimientos activistas. Mientras que, para los individuos modernos y deslocalizados, que no cumplen con el mandato ancestral de pervivir como comunidad, el imperativo es la recomunalización y la reterritorialización.

Por último, podríamos preguntarnos ¿A quién está dirigido este libro? Escobar señala que, como hipótesis de trabajo, está pensado para todas aquellas comunidades que luchan por la preservación de sus mundos relacionales en medio de la ocupación ontológica de sus territorios por las tecnologías depredadoras del diseño moderno, capitalista y patriarcal. Pero, principalmente está dirigido a todos aquellos que aún habitamos mundos profundamente regidos por las categorías de modernidad y que, constantemente, buscamos intersticios por donde liberarnos.